

1999

Eugenio Montejo. *El Azul de la Tierra*. Santafé de Bogotá: Norma, 1997.

Gareth Amaya Price

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Price, Gareth Amaya (Primavera-Otoño 1999) "Eugenio Montejo. *El Azul de la Tierra*. Santafé de Bogotá: Norma, 1997.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 49, Article 93.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss49/93>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Eugenio Montejo. *El Azul de la Tierra*. Santafé de Bogotá: Norma, 1997.

El valor de una antología poética reside en que muestra al lector las distintas clases de poemas que el poeta escribe; una antología personal tiene el valor adicional de que el autor elige los poemas, que así presentan en su conjunto una suerte de auto-retrato. Aunque hayan sido todos antes editados, en su nueva manifestación toman nuevos valores. La inclusión de nueva materia presenta, al lado de lo establecido, de lo que ha sobrevivido el tiempo, lo insólito, lo inesperado, el punto de crecimiento de la obra en total. La nueva antología de Eugenio Montejo ofrece una nueva visión del poeta a los que ya conocen su poesía, mientras que para los que no hayan tenido esta oportunidad, sería una buena introducción.

El Azul de la Tierra, como las mejores antologías, ofrece una rica muestra de la obra de Montejo: incluye muchos de sus poemas más memorables, repasa distintos periodos de su vida y muestra los temas principales de su obra. Al lado de esta retrospectiva, contiene también poesía nueva, antes inédita. Presenta al lector un Montejo pastiche de todos sus periodos, a través de los cuales se manifiesta la esencia de este poeta metafísico y a la vez terrenal, cuyo canto, como el de un Orfeo emersoniano, despierta lo eterno y significativo escondido en las experiencias cotidianas.

El libro comienza con poemas tomados de sus libros tempranos, *Elegos* y *Muerte y memoria*. En su nueva posición dentro de esta antología, estos poemas tristes y tiernos arraigan la identidad del poeta en sus muertos, en la deuda que tenemos todos con los ausentes de esta vida. Nos recuerdan lo superficial e ilusorio del concepto moderno del individuo aislado, que aquí recobra su profundidad social y se revela como el engañoso iceberg, nueve décimas del cual se esconden debajo del agua. El poeta se constituye no como un yo solitario y temporal sino como parte de un eterno nosotros, la mayor parte del cual se ha escondido en la muerte. El individuo montejiño sobrevive, pero nunca renuncia al ser original, el de la familia y los antepasados; los poemas que siguen los elogios a su hermano y su padre nunca abandonan este fundamento; el poeta nunca se refugia en el romanticismo individualista que frecuentemente se asocia con los poetas.

En “Sobremesa”, Montejo habla del *locus amenus*, el buen hogar que parece existir mayormente en el pasado:

A tientas, al fondo de la niebla
que cae de los remotos días,
volvemos a sentarnos
y hablamos ya sin vernos.
A tientas, al fondo de la niebla. (20)

La circularidad de la primera estancia, separándose en el tiempo por volver al comienzo, se repite en varios otros poemas. Remite a la inseguridad existencial del progreso, sea éste personal o cultural — la dificultad de avanzar sin perder algo al mismo tiempo. Por otro lado, el volver constantemente a los comienzos también crea una base fuerte para el ser moderno, que así no vaga solo e inconexo por el mundo, sino que sigue compartiendo la vida con su identidad más amplia. El poema termina:

A tientas, en la vaharada
que crece y nos envuelve,
charlamos horas sin saber
quién vive todavía, quién está muerto.

Aquí los misterios de la interacción espiritual y la identidad recobran su debida primacía entre los asuntos cotidianos. El poeta describe la reunión con el mundo que ha sido preocupación central de la poesía desde los modernistas, la búsqueda en la poesía de nuevos sentidos para el vocablo “religión”.

La tristeza y las preguntas metafísicas que abundan en la obra de Montejo a veces se conjugan con su expresión escueta para crear poemas inolvidables. En el poema “La vida”, por ejemplo, el poeta funda imágenes, yuxtaposiciones de conceptos abstractos y experiencia general en un todo que resuena volviéndose emblema de la despedida y el desco del ausente

La Vida toma aviones y se aleja;
sale de día, de noche, a cada instante
hacia remotos aeropuertos. (25)

Evoca con autoridad una experiencia general — de la vida que sentimos en otro lugar, la que no podemos dejar de imaginar; la vida que podría haber sido nuestra, que nos lleva a anhelar lo ajeno y olvidar lo nuestro y que es al mismo tiempo parte del misterio que nos rodea diariamente. Habla de la vida echada de menos en la partida de nuestros queridos y los sitios hacia donde van o de donde vienen tanto como los sentimientos que nos afligen al partir.

La Vida es el misterio en los tableros,
los viajantes que parten o regresan,

el miedo, la aventura, los sollozos,
 las nieblas que nos quedan del adiós
 y los aviones puros que se elevan
 hacia los aires altos del deseo.

Como siempre, Montejo no busca mostrarnos la experiencia privilegiada de un personaje extraordinario o bendito sino el valor eterno de los sentimientos que todos tenemos en común.

Este poeta modesto no sufre de la auto-importancia que ubica la personalidad de un poeta en el centro de su obra; su modestia y dedicación son tantas que a veces él se desaparece por completo, dejando al lector a solas con versos tan sencillos y verdaderos que parece haberlos escrito él mismo. Su obra mejor ilustra la función más importante de la poesía: devolverle transcendencia a la vida no solo del poeta sino también del lector.

En su compromiso con la sencillez, las maravillas que evoca Montejo pueden ser tan simples para ser casi platónicas. En el poema “La mesa”, la contradicción imperceptible entre la línea recta de la superficie de una mesa y el arco del círculo que describe el globo ofrece el punto de partida para la especulación mística. Aquí, como en otros poemas, la circularidad estructural y la personificación de los objetos ayudan a fundir la realidad cotidiana con una espiritualidad numinosa. Los objetos comunes de la casa, vistos en su transcendencia, adquieren una importancia cósmica:

¿Qué puede una mesa sola
 contra la redondez de la tierra?
 Ya tiene bastante con que nada se caiga
 cuando la sillas entran en voz baja
 y en su torno a la hora se congregan. (39)

Perdidas las distinciones entre vivo y muerto, humano y objeto, sagrado y vulgar, los hombres y las cosas que nos rodean se confunden.

¿Qué puede contra el costo de las cosas,
 contra el ateísmo de la cena,
 de la última Cena?

La congregación de sillas murmurantes no sólo representa a un grupo de personas, o en particular los Apóstoles, sino que también nos recuerda el valor de las cosas para nuestra suerte e identidad; después que “los hombres tornan ausentes”, la mesa queda como si quisiera proveer una base espiritual por sí sola, pero en fin,

¿qué puede sino estar inmóvil, fija,
 entre el hambre y las horas,
 con qué va a intervenir aunque desee?

La mesa cobra la posibilidad de desear a pesar de su incapacidad de prestar ayuda; se vuelve una figura trágica y a la vez estoica. En dos objetos sumamente comunes, una mesa y el globo; en dos líneas, una recta y la otra circular, Montejo evoca toda una gama de emociones y sentimientos profundos.

El concepto de “terredad”, central en su poesía, nace de esta mezcla de lo inanimado y lo humano, lo particular y lo eterno. Uno de sus poemas más memorables, “La terredad de un pájaro”, reflexiona implícitamente sobre el papel del poeta:

La terredad de un pájaro es su canto,
lo que en su pecho vuelve al mundo
con los ecos de un coro invisible
desde un bosque ya muerto. (38)

Es con su propio canto, su poesía, que el poeta aquí poderosamente retratado busca recuperar y explicar su “terredad”; el “coro invisible” del pájaro equivale a los parientes y antepasados del poeta, mencionados arriba. La fe y la constancia del pájaro o poeta lo hacen más; la voz del pájaro lo defiende y define,

porque en el tiempo no es un pájaro
sino un rayo en la noche de su especie,
una persecución sin tregua de la vida
para que el canto permanezca.

Por el fuerte valor religioso, la seriedad y profundidad de su obra, se podría considerar a Montejo como no sólo un poeta, sino un sacerdote de la poesía. En la cubierta se explicita esta relación cuando él describe la poesía como “un melodioso ajedrez que jugamos con Dios en solitario”.

Hasta el fin del libro, donde debidamente aparecen los poemas nuevos — después de la heterogeneidad lúdica de la inclusión de algunos sonetos del sueco heterónimo Tomás Linden — Montejo vuelve a preocuparse de la muerte, esta vez la suya, cerrando otro círculo en su poesía. En el poema “Mi Amor” habla de quien ha de seguirle cuando él se vaya, “como una llama que dio un salto entre dos velas / y se quedó alumbrando el azul de la tierra”. (88) No queda claro si se refiere a sus poemas o a progenie en sentido común, pero considerados como descendencia espiritual, sus poemas logran bien esta meta de alumbrar la tierra. Como la raya en que se vuelve el pájaro, de estos poemas se derrama abundante iluminación.